

### 3. ¿QUÉ PUEDE DECIRNOS LA HISTORIA SOBRE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA?

Eric Hobsbawm

*Originariamente, el presente capítulo fue una conferencia que di en la Universidad de California (campus de Davis) con ocasión del setenta y cinco aniversario de la institución. El texto ha permanecido inédito hasta la fecha. He cambiado los tiempos verbales de presente por otros de pasado allí donde lo he creído necesario y he eliminado todos aquellos pasajes que hacen referencia a temas que se tratan en otros capítulos del libro.*

¿Qué puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea? Al formular dicha pregunta, no pretendo embarcarme en la típica defensa de aquellos académicos que ocupan su tiempo en estudiar una serie de materias interesantes pero en apariencia inútiles como el griego y el latín, la crítica literaria o la filosofía, sobre todo cuando, para seguir haciéndolo, tratan de recaudar fondos de unas personas que creen que el dinero sólo está bien invertido cuando se destina a sufragar actividades que producen resultados prácticos evidentes, como fabricar armas nucleares más sofisticadas o ganar unos cuantos millones de dólares. Lo que hago es plantear una pregunta que todo el mundo se hace; una pregunta que los seres humanos nos venimos haciendo por lo menos desde que existen testimonios escritos.

Porque la posición que ocupamos respecto al pasado y las relaciones que existen entre el pasado, el presente y el futuro no son sólo asuntos de vital interés para todos nosotros: no podemos prescindir de ellas. No podemos dejar de situarnos dentro del continuo de nuestras vidas, de la familia y del grupo al que pertenecemos. No podemos evitar comparar el pasado y el presente: esa es la función de los álbumes de fotos y de las películas caseras. No podemos evitar aprender de todo ello, porque ese es precisamente el significado de la palabra «experiencia». Es posible que aprendamos cosas equivocadas —y para decirlo sin rodeos, eso es lo que solemos hacer—, pero si no aprendemos, o si no hemos tenido oportunidad de aprender o nos hemos negado a aprender de cualquier pasado que fuera válido para nuestros propósitos, es que, en último extremo, padecemos alguna anomalía psíquica. Dice un antiguo proverbio inglés que «el niño que se quema los dedos no vuelve a acercarlos al fuego»; en otras palabras: confiamos que la experiencia le ayude a aprender. Los historiadores son el banco de memoria de la experiencia. En teoría, el pasado —todo el pasado, desde el hecho más

insignificante hasta la totalidad de lo ocurrido hasta la fecha— constituye la materia prima de la historia. Una gran parte del mismo no es competencia de los historiadores, pero otra buena parte sí lo es. Y mientras sean ellos los encargados de recopilar y dar forma a la memoria colectiva del pasado, todos aquellos que integran la sociedad contemporánea tendrán que depositar en ellos su confianza.

El problema no radica en si lo hacen o no, sino en lo que realmente esperan obtener del pasado, y, en tal caso, en si es eso lo que los historiadores deben o no proporcionarles. Pensemos en un ejemplo concreto, en una manera de utilizar el pasado que sea difícil de definir pero que todo el mundo considere importante. Una institución —pongamos por caso la universidad- celebra su setenta y cinco aniversario. ¿Por qué exactamente? ¿Qué ganamos con celebrar un momento cronológico arbitrario de la historia de una institución, aparte, claro está, del sentimiento de orgullo que tal hecho nos produce, una excusa para pasar un buen rato o alguna que otra ventaja adicional? Aun sin saber bien por qué, necesitamos y utilizamos la historia.

Pero ¿qué es lo que puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea? Durante la mayor parte del pasado de la humanidad —de hecho, incluso en Europa occidental la idea prevaleció hasta el siglo XVIII— se dio por sentado que podía indicar cómo debía funcionar la sociedad, cualquiera que ésta fuese. El pasado era el modelo de referencia del presente y del futuro. En la vida cotidiana representaba la clave que permitía descifrar el código genético mediante el cual cada generación reproducía a sus sucesores y ordenaba sus relaciones. De ahí la importancia que tenían los ancianos, que no sólo simbolizaban la sabiduría en términos de una prolongada experiencia, sino que también lo eran en el sentido de que en ellos se conservaba la memoria de cómo eran y se hacían las cosas en épocas anteriores y, en consecuencia, de cómo debían de hacerse en el futuro. El hecho de que a la cámara alta del Congreso de los Estados Unidos y de los parlamentos de otros países se la denomine «senado» da buena prueba de ello. En algunos casos todavía sigue siendo así, como demuestra la vigencia del concepto de precedente en los sistemas legales basados en el derecho consuetudinario (es decir, fundamentado en la costumbre, o sea, en la tradición). Pero, si en nuestros días, el «precedente» es ante todo algo que es necesario reinterpretar o burlar para poder así adaptarse a unas circunstancias que evidentemente no se corresponden con las de tiempos pasados, es porque hubo una época en que fue —y de vez en cuando aún sigue siendo- vinculante, en el sentido literal del término. Sé de una comunidad india que

habita en los Andes centrales de Perú que lleva litigando con las haciendas (cooperativas, desde 1969) de las proximidades por la propiedad de unas tierras desde finales del siglo XVI. Generación tras generación, los hombres adultos del grupo, que no sabían leer ni escribir, llevaban a los niños, también analfabetos, a las altas praderas de la puna por cuya posesión luchaban y les mostraban las lindes de las tierras comunales que habían perdido. En este caso, la historia se convierte literalmente en la ley por la que se rige el presente.

Este ejemplo nos conduce a otra de las funciones de la historia ya que, cuando el presente era poco gratificante en uno u otro sentido, el pasado proporcionaba el modelo para reconstruirlo de un modo satisfactorio. Entonces, para referirse a épocas pasadas, se solía hablar —aún se hace— de «los viejos tiempos» y de que la sociedad debía volver a ellos. Se trata de un enfoque que continúa vigente en la actualidad: en todo el mundo surgen personas y movimientos políticos que definen la utopía como nostalgia: cómo la recuperación de la vieja moralidad cuya excelencia se alaba, de la religión entendida como en otros tiempos, de los valores de aquella Norteamérica pueblerina de comienzos de siglo, de la conveniencia de observar al pie de la letra dos documentos antiguos como son la Biblia o el Corán, y así sucesivamente. Pero, naturalmente, hoy día existen algunas situaciones en que es, o incluso parece, literalmente posible regresar al pasado. La vuelta al pasado es, o bien el retomo a algo tan remoto que su reconstrucción se hace insoslayable, un «resucitar» o «renacer» de la Antigüedad clásica tras muchos siglos de haber permanecido en el olvido —según la concepción que entonces tenían del hecho los intelectuales de los siglos xv y xvi— o, más probablemente, el regreso a algo que nunca existió pero que ha sido inventado con un propósito concreto. No hay la menor posibilidad de que el sionismo, y en realidad cualquier nacionalismo moderno, se plantee jamás como una vuelta al pasado, por la sencilla razón de que los estados-nación, tal como entonces se los concebía, con unas fronteras y una organización interna muy concretas, no existían antes del siglo xix. Tenía que ser una innovación revolucionaria disfrazada de restauración. De hecho, tenía que inventar la historia que, según afirmaba, iba a llevar a su punto culminante. Como Ernest Renan decía hace un siglo: «para ser una nación, uno de los elementos esenciales es interpretar la historia de un modo equivocado». Una de las tareas de las que deben ocuparse los historiadores profesionales es precisamente la de dismantelar dichas mitologías, a menos que se contenten —como creo que les ocurre a menudo a los historiadores nacionalistas- con

ser esclavos de los ideólogos. Esta es una contribución importante, si bien negativa, de la historia a nuestra visión de la sociedad contemporánea. Los políticos no suelen mostrarse demasiado agradecidos con los historiadores por hacerla.

Ahora bien, en general, ha dejado de tener importancia la idea de que todo ese cúmulo de experiencia coagulada es una especie de lección que debemos extraer de la historia. Salta a la vista que el presente no es, ni puede ser nunca, un simple calco del pasado; como tampoco es posible reducir los diferentes aspectos de su funcionamiento a una mera imitación de los modelos de otras épocas. Desde que comenzó el proceso de industrialización, destaca mucho más el carácter novedoso de las aportaciones realizadas por cada una de las diferentes generaciones que el parecido que aquéllas hayan podido tener con todo lo sucedido anteriormente. Sin embargo, en lo que respecta a una gran parte del mundo y de las vivencias humanas, el pasado sigue conservando la misma autoridad de siempre y, por tanto, la historia o la experiencia, en el sentido auténtico que hoy está anticuado, continúa funcionando en dichos ámbitos del mismo modo que lo hacía en tiempos de nuestros antepasados. Y, antes de entrar en temas más complejos, esto es algo que creo que debo recordarles.

Permítanme que les ponga un ejemplo concreto y de una total actualidad: el Líbano. En 150 años, no sólo no han cambiado básicamente las circunstancias, y los protagonistas siguen siendo un grupo de minorías religiosas armadas que actúan en el interior y los alrededores de cierto territorio montañoso e inhóspito, sino que incluso se han mantenido invariables los detalles más nimios de sus enfoques políticos. Un tal Jumblatt era el jefe de los drusos cuando éstos exterminaron a los maronitas en 1860, y, si uno se molesta en poner nombres a las fotografías que desde entonces se han venido haciendo a los máximos dirigentes libaneses, descubrirá que se trata de los mismos apellidos con diferentes cargos y atuendos. Hace unos años se tradujo al hebreo un libro sobre el Líbano cuyo autor era un ruso que había vivido a mediados del siglo pasado y un militar israelí comentó al respecto: «Si hubiéramos podido leer antes esa obra, no habríamos cometido tantos errores en el Líbano». Lo que quería decir era: «tendríamos que haber sabido antes cómo era el Líbano». Un poco de historia elemental les habría ayudado a descubrirlo. No obstante, debo añadir que la historia no a el único medio de lograrlo, aunque sí uno de los más fáciles. Los profesores de universidad tendemos a culpar a la ignorancia de casi todo. Me imagino que habría mucha gente en Jerusalén, en Washington y en los alrededores de ambas que estaba en condiciones de proporcionar

—como estoy seguro de que así lo hicieron— información bien documentada acerca del Líbano. Lo que dijeron no encajaba con lo que Begin, Sharon, el presidente Reagan y el secretario de Estado Shultz (o quienquiera que tomara las decisiones) deseaban oír. Para aprender de la historia o de cualquier otra cosa, son necesarias dos personas: una, para suministrar la información y la otra, para escucharla.

El caso del Líbano se sale de lo normal, ya que, después de todo, existen muy pocos países en los que los libros que se escribieron hace un siglo sirvan todavía como guías de su vida política actual, o incluso de sus líderes políticos. Por otro lado, no es necesario recurrir siempre a la teoría, ya que la experiencia de la historia nos explica por sí sola muchas cosas sobre la sociedad contemporánea. Ello se debe en parte a que los seres humanos no experimentamos demasiados cambios y las situaciones en que nos vemos envueltas las personas se repiten de vez en cuando. Tomando como punto de partida los documentos acumulados a lo largo de numerosas generaciones, los historiadores, como los ancianos, también pueden comentar aquello de «esto ya lo he visto yo antes». Se trata de un hecho de considerable importancia.

El motivo es que la ciencia social moderna, la formulación de las estrategias políticas y la planificación han seguido un modelo caracterizado por el cientificismo y la manipulación tecnológica que, de una forma sistemática y deliberada, ha dejado de lado la experiencia humana y, sobre todo, la experiencia histórica. El modelo de análisis y predicción que ahora está de moda consiste en introducir todos los datos disponibles en algún tipo de superordenador teórico o real y esperar a que nos proporcione las respuestas. La experiencia y el entendimiento humanos no bastan por sí solos —al menos por ahora no, o sólo para cumplir una función ultraespecializada— para conseguirlo. Y, a menudo, unos cálculos tan ahistóricos o incluso antihistóricos como estos no son conscientes de su propia falta de perspectiva y de su inferioridad incluso con respecto al enfoque carente de método de aquellos que sí la tienen. Permítanme ponerles dos ejemplos que poseen cierta importancia práctica.

El primero es económico. Desde la década de los veinte —en realidad aproximadamente desde principios del presente siglo— algunos observadores se han admirado de que el mundo de la economía estuviera marcado por una pauta secular en la que los períodos de expansión y prosperidad, de unos veinte a treinta años de duración, alternaran con períodos de dificultades económicas de aproximadamente la misma extensión temporal. Estas pautas reciben el nombre de «ondas largas de

Kondratiev». Nadie ha conseguido explicarlos ni analizarlos de forma satisfactoria e incluso su misma existencia ha sido puesta en entredicho por los estadísticos y otros especialistas. Y, sin embargo, es uno de los escasos ejemplos en que la historia muestra cierta tendencia a repetir un determinado comportamiento a intervalos regulares y permite que se realicen predicciones. Así se predijo la crisis del decenio de los setenta, que yo mismo me arriesgué a anunciar en 1968. Y cuando la crisis se produjo, los historiadores volvimos a echar mano de la experiencia de Kondratiev para rechazar los análisis efectuados por economistas y políticos, quienes habían predicho que a partir de 1973 la economía experimentaría un crecimiento anual. Y acertamos. Es más, y partiendo siempre de la misma base, la primera vez que di esta conferencia allá por 1984, estaba dispuesto a jugarme el cuello y predecir que hasta finales de la década de los ochenta o principios de los noventa era sumamente improbable que entráramos en un nuevo período de auge económico a escala mundial. No tenía ninguna justificación teórica para afirmar tal cosa: únicamente la observación histórica de que se trataba de un tipo de pauta que parece haberse repetido, con las lógicas alteraciones introducidas por los grandes conflictos bélicos, por lo menos desde el decenio de 1780 a 1790. A ello querría añadir una cosa más: cada una de las ondas de Kondratiev del pasado no sólo constituía un período en sí mismo desde un punto de vista estrictamente económico, sino que también —como es natural— poseía una serie de características políticas que lo diferenciaban con claridad del anterior y del posterior tanto en lo que se refiere a la política internacional como a las políticas internas de diversos países y regiones del mundo, algo que probablemente seguirá ocurriendo en el futuro.

El segundo ejemplo que quería poner es mucho más concreto. Durante la guerra fría hubo un momento en el que el instrumental de precisión del gobierno de los Estados Unidos detectó el lanzamiento de misiles nucleares rusos con destino a América del Norte. Lo más seguro es que algún general se mostrara partidario de entrar inmediatamente en acción mientras se esperaba que otros instrumentos de precisión efectuaran una revisión automática de aquellos datos a una velocidad relámpago para comprobar si se trataba de un fallo de las máquinas o si se había producido una interpretación equivocada de unas señales que no entrañaban peligro alguno: en resumidas cuentas, si la tercera guerra mundial había empezado o no. Llegaron a la conclusión de que todo estaba en orden ya que, forzosamente, la totalidad del proceso se ejecutó con la única ayuda de los instrumentos. La misma programación tenía que partir

del supuesto de que lo peor podía suceder en cualquier momento, ya que si tal cosa ocurría, no habría tiempo material para tomar las oportunas contramedidas. Pero, independientemente de lo que dijeran los instrumentos, es tan seguro como podría serlo cualquier cosa que, en junio de 1980, cuando se produjo este incidente, nadie había pulsado el botón nuclear de un modo deliberado. Simplemente, dadas las circunstancias, tal cosa no parecía probable. Yo, y espero que todos nosotros, habría efectuado la misma deducción lógica, no sobre la base de un razonamiento teórico —ya que el lanzamiento por sorpresa de misiles nucleares era posible desde el punto de vista de la teoría—, sino sólo porque, a diferencia de otros instrumentos, el ordenador que todos tenemos en la cabeza lleva incorporados, o podría llevarlos, los datos aportados por la experiencia histórica.

Dejemos ya lo que denominaríamos el uso anticuado y experiencial de la historia, el que Tucídides y Maquiavelo habrían considerado legítimo y habrían practicado. Ahora, si me permiten, quisiera decirles unas palabras sobre la cuestión, mucho más complicada, de lo que la historia puede decirnos acerca de las sociedades contemporáneas, cuando son totalmente distintas a las del pasado y carecen de precedentes. No estoy pensando en simples diferencias. La historia, incluso cuando consigue generalizar de un modo eficaz —y, en mi opinión, no vale gran cosa si no lo hace—, es siempre consciente de la disimilitud. Lo primero que aprende un historiador profesional es a tener cuidado con los anacronismos y con las diferencias que existen entre cosas que a primera vista parecen iguales, como la monarquía británica de 1797 y la de 1997. En cualquier caso, los escritos históricos tradicionalmente son el producto de la investigación de vidas y hechos únicos e irrepetibles. No, a lo que me refiero es a las transformaciones históricas que, con toda claridad, hacen del pasado una guía totalmente inadecuada para entender el presente. Aunque la historia de Japón en tiempos del shogunato Tokugawa guarda relación con el Japón actual, lo mismo que la dinastía T'ang respecto a la China de 1997, de nada sirve fingir que es posible concebirlos como meras prolongaciones de unos pasados en los que sólo se han operado una serie de pequeños cambios. Las transformaciones rápidas, profundas, drásticas y continuas a las que hacía referencia antes vienen produciéndose en el mundo desde finales del siglo XVIII y sobre todo desde mediados del siglo xx.

En nuestros días, el proceso de cambio es tan generalizado y evidente que se da por sentado que siempre ha ocurrido lo mismo, especialmente en sociedades que, como

la estadounidense, cuenta con una historia que coincide con una época de constantes transformaciones revolucionarias. Esto es particularmente cierto en el caso de los jóvenes de dichas sociedades para quienes —en diversos momentos de su desarrollo— todo se convierte, de hecho, en un nuevo descubrimiento. En este sentido puede decirse que, a lo largo del proceso de crecimiento, todos somos una especie de Colones. Una de las tareas secundarias de los historiadores es señalar que el cambio no es ni puede ser totalmente universal. Ningún historiador daña el menor crédito a la afirmación de que en la actualidad existe alguien que se las ha arreglado para descubrir un modo totalmente nuevo de disfrutar del sexo, un supuesto «punto G» que la humanidad desconocía hasta el momento. Teniendo en cuenta el limitado número de cosas que pueden poner en práctica los amantes del tipo que sea, el período de tiempo y el número de personas que las han estado practicando en todo el mundo y el profundo interés que muestran los seres humanos por profundizar en el tema, creemos que podemos suponer sin temor a equivocarnos que hablar de novedades en el asunto que nos ocupa está fuera de lugar. Como es lógico, las prácticas sexuales y las actitudes relacionadas con ellas cambian con el tiempo, lo mismo que la indumentaria y la escenografía del dormitorio, convertido a menudo en una especie de teatro privado de gran simbolismo social y biográfico. Por razones obvias, el sadomasoquismo con cazadora de cuero no podía formar parte de él durante la época victoriana. Lo más probable es que en el terreno sexual las modas cambien más deprisa actualmente de lo que lo hacían en el pasado. Pero la historia resulta de gran utilidad como señal de aviso, ya que nos advierte que no hay que confundir la moda con el progreso.

Sin embargo, ¿qué puede decirnos la historia sobre lo que carece de precedentes? En el fondo, esta es una pregunta acerca de la dirección y la mecánica de la evolución humana. Porque, nos guste o no —y hay un gran número de historiadores a quienes no les gusta—, se trata de una cuestión histórica fundamental que no es posible soslayar, aunque sólo sea porque todos queremos conocer la respuesta. A saber: ¿cómo se las ha arreglado la humanidad para pasar de las cavernas a la exploración del espacio, del tiempo en que nos aterrorizaban los tigres de dientes de sable a un momento en que nuestro mayor temor son las explosiones nucleares?, es decir, ¿cómo hemos pasado de asustarnos de los peligros naturales a sentir miedo de los que nosotros mismos hemos creado? Lo que la convierte en una pregunta esencialmente histórica es el hecho de que, a pesar del aumento de peso y estatura que hemos venido experimentando desde una



época relativamente cercana, desde un punto de vista biológico, los seres humanos somos idénticos a como éramos a comienzos de la etapa histórica, que, en realidad, no es demasiado extensa: desde la construcción de la primera ciudad han transcurrido tal vez unos 12.000 años y algo más desde la invención de la agricultura. Casi con toda seguridad no somos más inteligentes que los habitantes de la antigua China o Mesopotamia. Y, a pesar de ello, el modo en que las sociedades humanas viven y actúan ha sufrido una transformación radical. Lo que por otra parte explica que los supuestos de la sociobiología no puedan aplicarse en este caso. Y, con ciertas dudas, también diría lo mismo de una determinada clase de antropología social, interesada en estudiar lo que distintos tipos de sociedades humanas tienen en común, como los esquimales y los japoneses. Porque, si centramos nuestra atención en lo que es permanente, no podemos explicar lo que ha experimentado una evidente transformación, a menos que creamos que no es posible el cambio histórico, sino sólo la mezcla y la variación.

Permítanme expresarme con total claridad. Si se analiza la evolución histórica de la humanidad no es para predecir el futuro, aunque el conocimiento y la comprensión histórica le resulten esenciales a cualquiera que desee basar sus acciones y planes en algo mejor que la clarividencia, la astrología o el simple voluntarismo. En el caso de una carrera de caballos, el único resultado que podría decirnos un historiador con absoluta confianza sería el de una que ya se hubiese corrido. Aún menos se encuentra entre los propósitos de dicho análisis el de descubrir o idear posibles formas de justificar las esperanzas —o miedos— que alberguemos con respecto al destino humano. La historia no es una escatología secular, al margen de que consideremos o no que su fin es un progreso universal interminable o una sociedad comunista o lo que fuere. Vemos en ella cosas que no nos puede proporcionar. Lo que sí puede hacer es mostrarnos las pautas y mecanismos del cambio histórico en general, y más concretamente los relativos a las transformaciones sufridas por las sociedades humanas durante los últimos siglos en los que los cambios se han generalizado y han aumentado de una manera espectacular. Esto, más que cualquier posible predicción o esperanza, es lo que tiene una relación más directa con la sociedad contemporánea y con su porvenir.

Ahora bien, un proyecto así requiere un marco conceptual que permita el análisis de la historia. Dicho marco debe basarse en el único elemento de cambio direccional en el ámbito de la experiencia humana que resulta observable y objetivo, con independencia de los deseos y juicios de valor subjetivos o propios de la época que

podamos tener, a saber: la constante y creciente capacidad de la especie humana para controlar las fuerzas de la naturaleza por medio del esfuerzo físico y mental, la tecnología y la organización de la producción. El aumento de la población mundial a lo largo de la historia, sin que hayan tenido lugar retrocesos importantes, y el crecimiento —sobre todo durante los últimos siglos— de la producción y la capacidad productiva han demostrado su existencia. A mí personalmente no me importa llamar progreso a esto, tanto en el sentido literal de un proceso de carácter direccional como porque habrá muy pocos que no la vean como una mejora real o posible. Pero da igual como la llamemos, cualquier intento serio de convertir la historia humana en algo comprensible debe tomar esta tendencia como punto de partida.

De ahí la importancia crucial que tiene Karl Marx para los historiadores, ya que toda su concepción y su análisis parten de dicha base, algo que hasta ahora no ha hecho nadie más. Con ello no estoy afirmando que Marx esté en lo cierto o incluso que sus propuestas sean aceptables, sino que su punto de vista es imprescindible, como dijo muy bien Ernest Gellner (y nadie es menos marxista que este distinguido estudioso):

Independientemente de que la gente crea o no de verdad en el esquema marxista, no ha aparecido ni en el Este ni en el Oeste ningún otro modelo bien articulado que le haga la competencia, y, como la gente parece tener necesidad de reflexionar tomando como punto de partida un marco conceptual del tipo que sea, incluso (o quizás sobre todo) los que no aceptan la teoría marxista de la historia suelen apoyarse en sus ideas cuando desean expresar lo que en realidad creen.

En otras palabras, no es posible ningún debate histórico serio que no haga referencia a Marx, o \_más exactamente, que no comience donde él lo hace. Lo que implica básicamente —como muy bien reconoce Gellner— una concepción materialista de la historia.

Ahora bien, el análisis del proceso histórico plantea una serie de preguntas que están directamente relacionadas con nuestros problemas. Tomemos como ejemplo una de las más evidentes. Durante la mayor parte de la historia, los seres humanos dedicaron sus esfuerzos a la producción de alimentos de primera necesidad: digamos que entre el 80 y el 90 por 100 de la población. En la actualidad, el caso de los Estados Unidos demuestra que una población agrícola del orden del 3 por 100 de los habitantes de un país no sólo puede producir suficiente comida para alimentar al otro 97 por 100, sino también a mucha de la población mundial restante. Lo mismo sucedió durante la mayor parte de la era industrial, cuando la producción de bienes manufacturados y

servicios, incluso en los casos en que no había que emplear a demasiados trabajadores, requería una enorme cantidad de mano de obra que aumentó progresivamente con el paso del tiempo. En la actualidad, sin embargo, la tendencia se está invirtiendo de una forma acelerada. Por primera vez en la historia ya no es necesario que la mayoría de los seres humanos tengan que «ganarse el pan con el sudor de su frente», como dice la Biblia. Y da la casualidad de que este avance se ha producido en un momento histórico muy reciente. Aunque hacía mucho tiempo que venía prediciéndose, el descenso del campesinado en el mundo occidental no adquirió un carácter drástico hasta las décadas de 1950 y 1960, y la disminución de la mano de obra productiva no agrícola que la sociedad necesitaba —aunque fue prevista por Marx, y únicamente por él, lo cual no deja de ser interesante— es aún más reciente, y sigue estando enmascarada, o ha sido algo más que compensada, por el aumento del empleo en el sector terciario.

Y, por supuesto, ambos continúan siendo fenómenos de ámbito regional más que mundial. Ahora bien, una transformación tan radical de la estructura laboral secular de la humanidad necesariamente ha de tener consecuencias trascendentales, ya que, desde el final de la era de la «opulencia de la edad de piedra» de la que hablaba Marshall Sahlins, la totalidad del sistema de valores de la mayoría de los hombres y las mujeres ha convertido el acceso al empleo en una necesidad ineludible, en el hecho fundamental de la existencia humana.

La historia no cuenta con una fórmula magistral para averiguar cuáles serán las consecuencias exactas de dicho cambio, ni posibles soluciones para los problemas que probablemente creará o que tal vez haya creado ya. Pero sí puede señalar una dimensión del problema que tiene carácter urgente, concretamente la de la necesidad de la redistribución social. Durante la mayor parte de la historia, el mecanismo básico que ha hecho posible el crecimiento económico ha sido la apropiación por parte de minorías de uno u otro tipo del excedente social generado por la capacidad productiva del ser humano con el objeto de invertirlo en nuevas mejoras, a pesar de que no siempre ha sido este el destino que se le ha acabado dando. El crecimiento ha sido posible gracias a la desigualdad. Ahora bien, hasta la fecha, este hecho se ha visto compensado por el enorme crecimiento registrado en la cantidad total de riqueza existente que, como señaló Adam Smith, ha conseguido que un peón de una economía desarrollada se encuentre en una posición más desahogada que el jefe de una tribu india y que, en general, ha permitido que cada generación disfrute de un mayor bienestar económico

que las que la precedieron. Pero, aunque haya sido a un nivel muy modesto, siempre han compartido dichos beneficios a través de la participación en el proceso productivo: es decir, mediante el acceso a un puesto de trabajo, o, en el caso de los campesinos y artesanos, gracias a los ingresos recibidos a cambio de la venta de sus productos en el mercado. Puesto que, en el mundo desarrollado, el campesinado ha visto cómo disminuía de un modo drástico la autosuficiencia a la que estaba acostumbrado.

Supongamos ahora que ya no sea necesario que la mayor parte de la población se dedique a producir. ¿De qué viven estas personas? Y, una cuestión de similar importancia en una economía basada en la empresa, ¿qué ocurre con ese mercado de masas basado en la capacidad adquisitiva de la población con el que la economía ha ido estableciendo una relación de dependencia cada vez mayor, primero en los Estados Unidos y luego en otros países? De un modo u otro, estas personas se verán obligadas a vivir del dinero público, bien sea percibiendo una pensión o a través de cualquier otra modalidad de prestación social: es decir, gracias a un mecanismo administrativo de redistribución social. En los últimos treinta años, este mecanismo redistributivo ha experimentado una enorme expansión y, en algunos países, ha alcanzado unas proporciones realmente notables como consecuencia del mayor boom económico de la historia. El enorme crecimiento del sector público, en otras palabras, el del empleo público, que en gran parte es una forma de caridad, ha tenido consecuencias parecidas tanto en el Oeste como en el Este. Por una parte, el dinero dedicado a prestaciones, asistencia médica, servicios sociales y educación representa en la actualidad —o en 1977, lo que viene a ser lo mismo— entre la mitad y los dos tercios de la totalidad del gasto público de los principales países de la OCDE, y por otra parte, en dichos países, entre el 25 y el 40 por 100 de la totalidad de los ingresos familiares procede del empleo público y los subsidios de la seguridad social.

Así pues, existe ya un mecanismo de redistribución importante y es posible afirmar sin temor a equivocarse que, donde se ha implantado, las probabilidades de que sea desmantelado son mínimas. Adiós al sueño de Reagan de volver a la economía del presidente McKinley. Sin embargo, hay dos cosas que es necesario tener en cuenta. En primer lugar, como puede verse, este mecanismo, a través de las cargas fiscales que impone, ejerce una auténtica presión sobre el que en Occidente continúa siendo el principal motor del crecimiento económico, a saber: los beneficios empresariales, sobre todo durante las épocas en que existen dificultades económicas. De ahí que actual-

mente se insista tanto en su desmantelamiento. Pero, en segundo lugar, dicho mecanismo no se diseñó para ser aplicado a una economía en la que la mayor parte de la población sería innecesaria en el proceso productivo, sino que, por el contrario, fue concebido para, y sostenido por, un período de pleno empleo sin precedentes. Y, en tercer lugar, como cualquier ley sobre la pobreza, está pensado para proporcionar unos ingresos mínimos, que en la actualidad superan incluso lo que en los años treinta se consideraba el límite máximo que se podía conseguir.

Así pues, incluso dando por sentado que funciona bien y está muy extendido, lo más probable es que, en las condiciones que he planteado, el mecanismo haga que aumenten y se agudicen tanto las desigualdades económicas como las de cualquier otro tipo, como ocurre con la mayoría superflua y el resto de la población. ¿Qué ocurre entonces? Ya no es posible dar por válido el supuesto tradicional de que, incluso destruyendo algunos puestos de trabajo, el crecimiento económico genera aún más en otros sitios.

En algunos aspectos, esta desigualdad interna es similar a la conocida y creciente diferencia que existe entre la minoría de países desarrollados o en vías de desarrollo y el mundo pobre y atrasado. En ambos casos, la disparidad va en aumento y, a juzgar por las apariencias, todavía se hará mayor en el futuro. En ambos casos, y por muy impresionante que resulte, es obvio que, en lo que a la disminución de las desigualdades internas e internacionales se refiere, el crecimiento económico alcanzado a través de una economía de mercado no ha resultado ser un mecanismo que haya logrado automáticamente resultados positivos, si bien es cierto que, por lo general, ha conseguido que el sector industrial se desarrollase en todo el mundo y tal vez que en su interior se produjera un proceso de redistribución de la riqueza y el poder, como, por ejemplo, el que ha tenido lugar entre los Estados Unidos y Japón.

Ahora bien, dejando a un lado la moralidad, la ética y la justicia social, esta situación crea, o agrava, una serie de problemas económicos y políticos muy serios. Puesto que las desigualdades inherentes a estos acontecimientos históricos son disparidades tanto de poder como de bienestar social, se las puede pasar por alto a corto plazo. De hecho, esto es precisamente lo que están deseando hacer hoy día la mayoría de las clases y los países poderosos. La gente pobre y los países pobres son débiles, desorganizados y deficientes desde un punto de vista técnico: en la actualidad lo son relativamente más que en el pasado. Dentro de las fronteras de nuestros países,

podemos dejar que sufran en los guetos o que pasen a engrosar las filas de los marginados insatisfechos. Podemos proteger las vidas y los hogares de los ricos colocando a su alrededor muros electrificados defendidos por fuerzas de seguridad privadas y públicas. Como dijo un ministro británico refiriéndose a Irlanda del Norte, podemos tratar de conformarnos con «un nivel de violencia aceptable». En el extranjero, podemos bombardearlos y golpearlos. Como escribió el poeta acerca de la etapa imperialista de principios del siglo xx:

Tenemos

por arma la Máxima y ellos no.

La única potencia no occidental que Occidente temía era la única que tenía la posibilidad de atacarla en su propia casa: la desaparecida URSS.

En resumen, se da por sentado que, puesto que siempre ha sido así en el pasado, la economía se las arreglará para salir adelante una vez que la actual crisis haya dado paso a una nueva fase de prosperidad a nivel mundial; y que será posible contener de forma permanente a los pobres e insatisfechos nacionales y extranjeros. Tal vez la primera sea una suposición razonable: pero sólo si admitimos también que es prácticamente seguro que la economía mundial, las estructuras y políticas estatales y el modelo internacional del mundo desarrollado que surgirán de la actual onda de «Kondratiev» serán profunda y radicalmente diferentes de los de la etapa comprendida entre la década de los cincuenta y la de los setenta del presente siglo, como ocurrió tras el último período de crisis general de carácter secular que tuvo lugar entre las dos guerras mundiales. Esta es una de las cosas que la historia puede decirnos basándose en datos empíricos y teóricos. La segunda no es en absoluto una suposición razonable excepto a corto plazo. Quizás sea lógico suponer que los pobres ya no volverán a participar en movilizaciones nacionales o internacionales que tengan como objetivo la protesta, la presión, el cambio social o la revolución del modo que lo hicieron entre 1880 y la década de 1950, pero no lo es pensar que resultarán siempre ineficaces como fuerza política, o incluso militar, sobre todo cuando ya no es posible servirse de la prosperidad económica para sobornarlos. Esta es otra de las cosas que puede decirnos la historia. Lo que no puede decirnos es lo que ocurrirá en el futuro: sólo los problemas que tendremos que resolver.

Permítanme que concluya. Reconozco que, en la práctica, casi todo lo que la historia puede decirnos sobre las sociedades contemporáneas se basa en una mezcla de

experiencia y perspectiva histórica. A los historiadores les corresponde conocer el pasado mejor que a otras personas y no serán buenos profesionales a menos que aprendan a identificar las semejanzas y las diferencias, con o sin ayuda de la teoría. Por ejemplo, mientras la mayoría de los políticos, durante los últimos cuarenta años, interpretaban el riesgo de que se produjera una conflagración internacional a la luz de lo ocurrido en los años treinta —una repetición de Hitler, Munich y todo lo demás—, la mayor parte de los historiadores interesados por el tema de la política internacional, aunque, como es lógico, admitían que se trataba de una situación sui generis, estaban tristemente impresionados por el parecido que guardaba con el período anterior a 1914. En 1965, uno de ellos elaboró un estudio sobre la carrera de armamentos anterior a 1914 que tituló «La fuerza disuasoria del pasado». Por desgracia, si hay algo que la experiencia histórica les ha enseñado a los historiadores es que, al parecer, nadie aprende nunca nada de ella. Sin embargo, debemos seguir intentándolo.

Pero, hablando en términos más generales, y este es uno de los motivos de que rara vez se aprendan o se tomen en consideración las lecciones de la historia, el mundo se enfrenta a dos fuerzas que le impiden ver con claridad. Una de ellas ya la he mencionado antes. Se trata del enfoque ahistórico y tecnicista que propugna la resolución de los problemas mediante la utilización de modelos y dispositivos mecánicos. Este planteamiento ha dado magníficos resultados en algunos campos, pero carece de perspectiva y no tiene en cuenta nada que no haya sido introducido en el modelo o dispositivo desde un principio. Y si hay algo que los historiadores sabemos muy bien es que no se pueden introducir todas las variables en un modelo y que las cosas que se han dejado fuera no son nunca idénticas. (Esto es algo que todos deberíamos haber aprendido de la historia de la URSS y de su caída.) A la otra también he hecho referencia. Se trata de la distorsión sistemática de la historia con fines irracionales. Volviendo a un tema que ya he tocado antes, ¿por qué todos los regímenes obligan a los jóvenes a estudiar asignaturas de historia en la escuela? No lo hacen para que entiendan la sociedad en la que viven y los cambios que experimenta, sino para que la acepten, para que se sientan orgullosos de ella, para que sean o se conviertan en buenos ciudadanos de los Estados Unidos, de España, de Honduras o de Irak. Y lo mismo puede decirse de las causas y los movimientos. La historia, entendida como ideología y fuente de inspiración, tiene una gran tendencia a convertirse en un mito que

hace posible la autojustificación. Como demuestra la historia de las naciones y los nacionalismos modernos, ninguna venda cubre más los ojos que ésta.

Es tarea de los historiadores tratar de arrancar dichas vendas o, por lo menos, levantarlas un poco alguna que otra vez; y, en la medida en que lo hagan, estarán en condiciones de decirle a la sociedad contemporánea algunas cosas de las que podrá beneficiarse, incluso en el caso de que se resista a aprenderlas. Por suene, la universidad es la única institución del sistema educativo en la que a los historiadores se les ha permitido, e incluso se les ha animado, a hacer tal cosa. No siempre ha sido así, ya que, a lo largo de su andadura, la profesión de historiador ha sido ejercida mayoritariamente por una serie de personas cuyo principal interés consistía en servir y justificar a sus respectivos regímenes. Aun hoy sigue sin ser así en muchas partes del mundo. Pero, en la medida en que las universidades se han convertido en los lugares en los que es posible practicar con mayor facilidad una historia crítica —una que pueda sernos de utilidad en la sociedad contemporánea—, una universidad que celebra el aniversario de su fundación es un buen lugar para expresar estas opiniones.